

Leoncio López Ocón Cabrera, *El cénit de la ciencia republicana. Los científicos en el espacio público (Curso 1935-1936)*, Madrid, Sílex, 2023, 620 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.43.2023.1012-1017>

Nos proponemos aquí dar cuenta de una publicación que explora un territorio aparentemente alejado de los intereses y herramientas de los historiadores generalistas, pero cuyo conocimiento -al menos de sus líneas principales- es importante para caracterizar y comprender mejor un periodo de la contemporaneidad española tan decisivo como fue la Segunda República (y, de forma más amplia, el primer tercio del siglo XX). Su autor, un prestigioso historiador de la ciencia que ha desarrollado su carrera investigadora en el CSIC dice haberse percatado con sorpresa de la poca atención que ha prestado la historiografía (incluso la que podría considerarse como especializada en estos temas) a la ciencia en la dinámica social y cultural de la Segunda República española no obstante el salto cualitativo que en el marco de la denominada *cajalización* de España vendría experimentando el sistema científico y técnico, ya desde comienzos del siglo XX (la creación de la Junta de Ampliación de Estudios en 1907 habría significado una clara solución de continuidad con el pasado). Frente a visiones persistentes sobre el atraso español en ese plano el autor estima que se estaba produciendo en España un ascenso científico (desigual, por supuesto, según las disciplinas), que se intensificó en el quinquenio republicano y que cabe percibir desde diferentes ángulos como la presencia de bastantes científicos entre los cuadros de los partidos republicanos, la puesta en marcha de iniciativas que buscaban fortalecer el tejido científico de la sociedad española (Instituto Nacional del Cáncer, Instituto Nacional de Física y Química...) entre otros.

Con objeto de paliar ese vacío, López Ocón centra su mirada en una coyuntura significativa para escrutar el panorama científico republicano, como fue el curso 1935-1936 en que tuvieron lugar en Madrid una serie de congresos internacionales sobre temas muy dispares -la entomología, la historia de la medicina, la ingeniería rural-, y el impacto que lograron en la opinión ciudadana, en la idea de esclarecer el papel desempeñado por la

ciencia y los científicos en la esfera pública republicana, muy receptiva ya hacia estas cuestiones, constituyéndose en un tema muy relevante en la agenda política y cultural, tal y como se percibe en determinados diarios. Lo que lleva al autor a considerar que a estas alturas de la historia española la ciencia y la técnica habían entrado a formar parte de la *res publica*.

La opción tomada de concentrar la atención en una coyuntura precisa y de explorarla de un modo extremadamente minucioso y erudita le ha hecho emprender una aproximación detallada sobre médicos, ingenieros y científicos en un sentido amplio cuya labor en los años republicanos es todavía poco conocida y a sopesar el desfase o, mejor, involución, que la Guerra Civil y el franquismo supusieron para la ciencia española, comparados con los logros, con el nivel alcanzado hasta el desencadenamiento del conflicto. Un nivel ya bastante alto, de tal manera que en el curso 1935-1936 se habría llegado al *cénit*, esto es, al momento de máxima elevación de la ciencia en el periodo republicano, desmintiendo lo vertido en la literatura sectaria publicada durante la guerra por los partidarios del golpe militar. En cambio, desde el 18 de julio de 1936 habría tenido lugar una profunda fractura y ruptura entre los integrantes de un sistema científico que con un gran esfuerzo se había venido construyendo a lo largo del primer tercio del siglo XX, dejando a partir de entonces la ciencia hecha en la sociedad española de ser una “res publica”.

El libro se estructura en un “pórtico”, varias secciones y un epílogo. Su proemio –el pórtico–, lo dedica a glosar el discurso del físico Blas Cabrera al clausurar la Universidad internacional de verano de Santander en 1935, que había sido creada tres años antes por el socialista Fernando de Los Ríos con un propósito claro de anudar unas relaciones más estrechas con el exterior en el plano científico. A este objetivo de internacionalización respondía también la política republicana de convertir a España –Madrid en especial– en sede de grandes congresos en ramas muy diversas del saber, siendo una buena muestra de ello los tres eventos celebrados en septiembre de 1935, cuya concentración temporal, buena organización y cualificada asistencia de científicos de muy distintos países europeos y ultramarinos constituye una buena prueba de la capacidad organizativa y del compromiso del régimen republicano, saltando por encima de las marcadas divisiones entre partidos de derecha e izquierda (los congresos tuvieron lugar durante el llamado *Bienio negro*, radical-cedista), en la impulsión de la política científica. Serían una buena muestra también de la importancia adquirida por los agentes científicos en la diplomacia cultural o del papel de la ciencia en la diplomacia.

Se celebró así en Madrid un Congreso internacional de entomología, en parte por el prestigio y buenos contactos de Ignacio Bolívar –considerado como uno de los principales impulsores del renacer científico español- y de su hijo Cándido, el cual, además, estaba muy bien introducido en el aparato oficial republicano. Asistieron 450 delegados representando a 40 países y el evento logró un impacto notable entre el público merced, entre otros a artículos como los publicados en *El Sol* por Antonio Carpintier quien se hizo eco además de la presentación en el congreso de un documental sobre la vida de las abejas, una muestra pionera de cine científico en nuestro país. Aunque esa repercusión mediática se tradujo también en visiones mordaces, satíricas, como un artículo publicado por Díaz Morales, “Gulliver”, en *El Heraldo de Madrid*. Unamuno tampoco permaneció indiferente evocando, en *Ahora*, su curiosidad infantil por el mundo de los insectos.

Otra importante reunión celebrada casi sincrónicamente y con todas las bendiciones oficiales fue el congreso internacional de Historia de la medicina bajo el liderazgo incontestable de Gregorio Marañón, a pesar de que en España no se contaba todavía con una sociedad ni una revista de historia de dicha disciplina (como sería *Asklepio*, en tiempos posteriores). El Congreso tocó temas que tenían interés en el contexto español, como la medicina hispano-árabe, se vio jalonado por la organización de cuatro exposiciones en que se expusieron documentos, manuscritos, instrumental o libros antiguos de medicina que procedían de colecciones españolas (se expuso, por ejemplo, el libro de Miguel Servet, *De Trinitatis erroribus*) y Marañón desplegó sus dotes de anfitrión llevando a los congresistas a su cigarral de Toledo.

Un tercer congreso fue el de ingeniería rural, que se inscribía en la serie de eventos organizados por la *Comission internationale du génie rural* (CIGR). Una de las razones de la elección de nuestro país parece que fue la repercusión internacional del Plan nacional de obras hidráulicas puesto en marcha durante el mandato de Indalecio Prieto como ministro de obras públicas, pero detrás del cual se hallaba el equipo dirigido por el ingeniero Manuel Lorenzo Pardo. Lo cierto es que existía también una motivación política de fondo: hacer propaganda del reformismo técnico del sector agrario de la mano de los ingenieros agrónomos (que jugaron un papel esencial en la organización del evento), frente al carácter tendencialmente revolucionario de la modificación de las estructuras agrarias que pretendía el sindicalismo de clase (así, la FETT). De hecho, el ministro de Agricultura, Giménez Fernández, de la CEDA, había valorado como perentoria su organización. Dentro de las distintas secciones en que repartió sus trabajos el congreso, la que despertó un mayor interés fue la dedicada a mecanización rural y a las

aplicaciones agrícolas de la electricidad (debe tenerse en cuenta la denominada *desnutrición eléctrica* que se consideraba sufría España, sobre todo el mundo campesino).

La segunda parte del libro la consagra López-Ocón a mostrar en detalle varios casos representativos del interés que la consulta de los periódicos de la época ofrece como elemento informativo sobre la activa colmena científica española.

El primero de ellos atiende al peso que la figura de Cajal y su obra seguía ejerciendo sobre la sociedad y que, aparte en Madrid, se hizo patente en otras ciudades como Valencia o Salamanca. Ello implica que los grupos científicos españoles, en vísperas de la Guerra Civil se ponían bajo su sombra, valiéndose de él a modo de emblema o talismán –en palabras de Ignacio Bolívar- para que asegurara el éxito de sus iniciativas. El segundo se refiere al seguimiento que ciertos diarios hicieron de concretos aspectos del funcionamiento de espacios que daban acogida a la ciencia, como las academias o las sociedades científicas. Y en el tercero se rescatan entrevistas realizadas por aquellos años a hombres de ciencia –también a algunas mujeres- que revelan el interés de los periodistas, en tanto mediadores de la opinión pública por la personalidad y las actividades de sus entrevistados.

Se describe así en detalle el homenaje nacional a Cajal, el 17 de octubre de 1935, justo al primer año de su fallecimiento. Se ofrece también un retrato de las actividades de distintas academias de ciencias, de medicina, de farmacia- también en torno a 1935, deteniéndose en la trayectoria científica y personal de los académicos más reputados, y se detiene en el denso asociacionismo médico (en torno a 20 sociedades médicas estaban activas en el curso 1935-1936), pero también de otras disciplinas. La galería de personajes entrevistados de los que da amplia cuenta López-Ocón comprende al químico Luis Bermejo, al jurista Antonio de Luna, a la bióloga alemana, aunque instalada en Madrid huyendo del régimen nazi, Käthe Pariser, al matemático Julio Rey Pastor, al historiador Rafael Altamira, al astrónomo José Comas, entre otros.

Mas la visibilidad de los científicos españoles y sus logros –y aquí entraríamos en la tercera parte- se difundió de otras varias formas en los medios de comunicación republicanos, gracias a expertos universitarios procedentes de las facultades de ciencias, médicos y farmacéuticos, ingenieros, pluralidad de dedicaciones que refleja también la heterogeneidad de los públicos a los que se dirigían, y merced a las campañas divulgativas que emprendieron a lo largo de 1935-1936 por medio de las cuales los científicos adquirieron una cierta visibilidad e influencia en la sociedad hasta

el punto de que según el autor habría dejado ya de tener sentido la frase que se atribuye a Cajal de que al carro de la cultura española le faltaba la rueda de la ciencia. Constata al respecto la existencia de interacciones entre los científicos, insertos ya en la trama cultural de su tiempo, y los creadores culturales y, en concreto, los periodistas especializados, atentos a los logros e inquietudes de los primeros.

La presencia de la ciencia en el *parlamento de papel* la verifica a través de las colaboraciones de científicos relevantes en los grandes diarios, como *El Sol* (el ya citado Rey Pastor, el geógrafo Gonzalo de Reparaz, el médico Gustavo Pittaluga), pero también en otros medios de signo derechista, como *El Debate*, cuyo suplemento dominical recogió contribuciones de destacados hombres de ciencia (Julio Palacios, Luis Bermejo). La estudia asimismo reconstruyendo el grupo de comunicadores científicos, como el citado Antonio Carpintier, el joven matemático José Gallego-Díaz (ambos para *El Sol*) o el que firmaba con el pseudónimo “Kim” para el diario *Ahora*. También José María Lorente Pérez, “Meteor”, divulgador de la ciencia atmosférica para *El Debate* en donde, no obstante, el divulgador científico más asiduo fue el naturalista José Pérez de Barradas.

Otra faceta de esta tarea divulgadora consistió en la publicación de revistas dirigidas al mundo escolar, como el semanario barcelonés *Algo*, dirigido por Manuel Jiménez Moya, que estuvo estrechamente vinculado a la editorial Juventud, una de cuyas prioridades fue el público infantil y juvenil. Todo ello no puede ocultar la omnipresencia de los médicos en estas campañas divulgativas orientadas en este caso a dar publicidad de bienes tan esenciales como el fomento de la sanidad pública, el combate de las enfermedades sociales o la difusión de los cuidados médicos esenciales para preservar la salud de la ciudadanía (se destaca al respecto el papel del médico socialista Marcelino Pascua). Dentro de esta específica labor divulgativa glosa la labor de la escritora Magda Donato que en *Ahora* dio cuenta de su intervención como instructora de sanidad en el Centro de Higiene de Puente de Vallecas y que además de eso, en la etapa del Frente Popular buscó aproximarse a la “psicología del doliente”, por medio de una encuesta a diez eminencias médicas. Se fija también en la importante presencia de los médicos y la medicina en el diario *El Sol* (así, su sección, “Medicina y Biología”).

Sin olvidar, en fin, entre otros aspectos abordados en este libro, como la divulgación técnica a través de las ondas –Unión Radio– de las conferencias organizadas por la revista *Ingeniería y construcción*, o las colaboraciones sobre esos temas en distintos diarios a cargo de ingenieros y arquitectos (*El*

Sol contó también con una sección titulada “Construcción”), estando prevista, además, para el otoño de 1936, la celebración de un Congreso nacional de obras públicas. La difusión de los beneficios de la electricidad para combatir los efectos perjudiciales de la ya mencionada desnutrición eléctrica fue también objeto de campañas llevadas a cabo por ingenieros y profesores –José Antonio de Artigas– en 1935-1936 en distintos medios de comunicación, prestándose, entre otras vertientes, atención a la electrificación del hogar doméstico (así, la Semana de la electricidad aplicada al hogar, en la primavera de 1936, celebrada en la conocida como *Casa de la luz*).

Por todo ello considera López-Ocón en su epílogo, que de no haber ocurrido el golpe de Estado de 1936 y la subsiguiente Dictadura franquista, el florecimiento científico que se dio en la España republicana y que había llegado a un punto de maduración en 1935-1936 hubiera continuado su ascenso y la rueda de la ciencia se hubiera incorporado definitivamente al carro de la ciencia española.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

<https://orcid.org/0000-0002-5238-5606>

Instituto Universitario de Historia Simancas

rafael.serrano@uva.es